

LUCY, LA LUCIÉRNAGA

Amistad vs. Abuso



¡Así dejen ustedes brillar su luz
ante toda la gente!
¡Que las buenas obras que ustedes
realicen brillen de tal manera
que la gente adore al Padre
celestial!

Mateo 5:16

Era el primer día de clases y Valeria estaba nerviosa porque era nueva en aquella escuela. Para empezar bien el año, el maestro decidió hacer una visita al salón de zoología donde preparó una mampara de vidrio llena de hermosas y luminosas luciérnagas. Una de ellas no estaba encendida como las otras y eso llamó la atención de Valeria.

El maestro explicó que las luciérnagas encienden su luz para llamar a sus compañeras, pero la apagan cuando se sienten amenazadas.

—Se llama Lucy —dijo una niña acercándose a Valeria—, como yo. Siempre está apagada.

—Hola Lucy, yo soy Valeria, pero me puedes decir Vale. Me gustan las luciérnagas. Es lindo que le pongas tu nombre a una de ellas.

—Sí, creo que así no estará perdida.

Desde ese día empezaron a ser buenas amigas. Se sentaban juntas y se ayudaban en sus tareas, y salían juntas a tomar el autobús a casa, pero no en el almuerzo. Cuando la campana sonaba, mientras todos los niños y niñas salían despavoridos para jugar o comer, Lucy caminaba por los pasillos hasta perderse.

—¿A dónde vas, Lucy? —le preguntaba Valeria cada vez que su amiga desaparecía.

—Lo siento Vale. No te puedo decir.

Mientras Lucy se escurría por los pasillos, Valeria decidió seguirle sigilosamente para que no se diera cuenta, hasta que llegó a la bodega del conserje.

Allí pudo ver lo que sucedía: un grupo de niñas más grandes y con mala actitud que se reunía para repartirse la comida que les robaba a las otras niñas. Indignada, Valeria pensó en defender a su amiga, pero ellas eran grandes y no se atrevía. Hasta que de pronto una sombra apareció detrás de Valeria dejándola sin aliento.

—¡Y tú!... ¿Quién eres, enana? —dijo una niña con voz malvada.

Cuando Valeria dio la vuelta tuvo que levantar la mirada unos cuantos centímetros para poder ver el rostro de la niña que le hablaba. Ella la tomó del brazo y la zarandeó hasta donde estaban las demás.

—Encontré más comida —dijo aquella muchacha a las otras.

—Esperen por favor —gemía Valeria asustada—, yo no hice nada.

Lucy la miró y solo pudo llevar su mano a la frente mientras meneaba su cabeza.

—Vale, te dije que no te podía decir dónde estaba —susurró Lucy—, en estas cosas siempre es mejor no decir nada.

—No estoy de acuerdo —respondió Valeria en igual susurro—, debemos salir de aquí.

—Tranquila, pronto saldremos. Ya tienen nuestra comida.

—Escucha bien, niña nueva —alardeó la que parecía la jefa de todas las niñas malvadas—, de esto no le puedes contar a nadie, sino... ¡vas a ver lo que te pasa!

Dicho esto, todas se rieron a carcajadas y luego sacaron de allí a las dos niñas que estaban tan atemorizadas que no podían hablar. Juntas se fueron a esconder al salón de zoología.

—Es lo que te decía Vale —repitió Lucy—, las luciérnagas apagan la luz cuando se sienten amenazadas. Por eso yo prefiero apagarme y no decir nada.

Valeria no dijo nada. Se fue a casa pensando en las palabras de Lucy.

Al día siguiente, cuando llegó la hora del almuerzo, Valeria no estaba dispuesta a dejarse arrebatar su comida una vez más, y quiso convencer a Lucy de que tampoco lo haga. Pero una de esas niñas se acercó con sigilo hasta donde ellas estaban y les dijo susurrando: ¡ya saben qué hacer!

Lucy inmediatamente empezó a caminar con la cabeza agachada hacia el pasillo de siempre, y Valeria le siguió.

—¿Listas, enanas? —dijo la jefa del grupo mostrando su puño derecho—, a sacar la comida.

Lucy instantáneamente abrió su maleta y sacó la comida que había traído. Valeria se quedó de pie, molesta y con los brazos cruzados.

—¡Qué!, ¿no escuchaste?

—Sí, escuché —contestó Valeria desafiando a aquella niña grande—, pero no te obedeceré.

La muchacha malvada levantó su pesada mano y Valeria arrugó la mitad de su cara esperando el peor de los golpes.

—¡Alto! —gritó el conserje entrando de golpe—, ¿qué creen que están haciendo?

Su voz fue tan fuerte que las otras niñas salieron corriendo aterrorizadas. Lucy no podía creer lo que había sucedido.

—¡Gracias, don Fernando! —dijo Vale a su salvador.

—Fue un placer Valeria —respondió el conserje—, si esas niñas te siguen molestando, avísame y se lo diremos al director.

—Vale... ¿fuiste tú la que planeaste todo esto?

—Claro que sí amiga, desde el momento que todo pasó, supe que mi luz debía encenderse para pedir ayuda.

La vida siempre es mejor cuando tienes alguien con quien contar.

Dialoga con tus hijos.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué haces cuando alguien más grande te molesta?
- » ¿Por qué es bueno tener alguien con quien contar?
- » ¿Qué significa para ti encender tu luz?